

MARÍA STEPÁNOVA

DESAPARECER

TRADUCCIÓN DEL RUSO
DE JORGE FERRER

BARCELONA 2025



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Фокус*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2024 by Suhrkamp Verlag Berlin

Todos los derechos reservados y controlados por Suhrkamp Verlag Berlin

© de la edición original en ruso, 2024 by Novoe izdatel'stvo, Moscú

© de la traducción, 2025 by Jorge Ferrer Díaz

© de la ilustración de la cubierta, by mauritius images /
Old Books Images / Alamy

© de esta edición, 2025 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-19958-86-0

DEPÓSITO LEGAL: B. 15 361-2025

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
LIBERDÚPLEX *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2025*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

En el verano de 2023 la hierba seguía creciendo como si tal cosa: crecía, la hierba, como si hacerlo fuera lo más normal, como si quisiera demostrar una vez más que, por mucho que la gente se estuviera matando sobre la superficie de la tierra, ella no abandonaría el tesón con el que continuaba cultivando su deseo de brotar de esa misma tierra. Es probable que su color fuera un poco más apagado que de costumbre, y había perdido casi enseguida la inocencia como de calostro que solía mostrar los primeros días, pero eso no era óbice para su crecimiento. Bien al contrario, la tacaña presencia de agua la obligaba a sujetarse al suelo con mayor fuerza aún y dispararse hacia arriba en brotes que, veloces como flechas, ya estaban secos cuando alcanzaban el tope de su estatura.

En el verano de 2023, el planeta Tierra conoció el día más caluroso desde que el hombre se dedica a medir esas magnitudes. Cabe pensar que la cosa ocurría más o menos de este modo: generaciones de científicos liliputienses se pegaban a su cuerpo colosal, le tomaban la temperatura día y noche, mensuraban el sudor que le perlaba la frente y se congratulaban de aquellas partes del cuerpo que permanecían más frescas. Después, anotaban todos esos datos en sus diarios y encontraban consuelo, por lo visto, en la constatación de que la durmiente respiraba de manera uniforme, de que los anormales episodios de frío y calor pronto daban paso a lo que se podría entender como una temperatura normal, mientras que su cabello y sus uñas mostraban buen aspecto, hasta donde tal cosa se puede sostener

de alguien que lleva muchísimo tiempo tumbada, inmóvil y permitiendo que se haga con ella lo que a cualquiera se le antoje. Es posible que, en su mente, la Tierra haya pasado, ya hace tiempo, a un nuevo estado en el que no le producimos inquietud ni rabia, y se considere a sí misma como una estrella atravesada de fuego, que se va consumiendo poco a poco. O, acaso, un pliegue de la materia, sin forma ni límites, y, por lo tanto, indiferente a todo, como el telón de un teatro sumido en la oscuridad. O, cosa imposible, se solaza con la idea de que no esperamos nada nuevo de ella, confiados en las provisiones cotidianas y anuales de leche y miel, como los niños que se asoman cada mañana a la cocina, sabedores de que los espera el desayuno listo. Y allí se paran, bostezando, a esperar a que su madre les sirva un tazón de yogur con cereales. ¿Y si, en lugar de eso, les sirvieran escorpiones, moscas del estiércol o larvas retorciéndose? ¿Y si se pusieran en marcha todos los radiadores de manera que el aire de la cocina se hiciera irrespirable, se provocara una lluvia de ranas que se estrellaran contra el cristal de la ventana, se desatara la caza del primogénito? A eso se podría jugar y obtener de ello una duradera diversión. Se podría poner en marcha tal juego a partir de cambios minúsculos: que la hierba se marchite antes de tiempo, que los trenes lo mismo se olviden de los horarios y lleguen con muchas horas de retraso o, por el contrario, se muevan, veloces como bólidos, por las vías, y se paren, después, en medio de un descampado, a esperar la hora indicada para entrar a tiempo en la estación de destino.

En uno de esos trenes, precisamente, viajaba ese día una escritora llamada M., que esperaba llegar con retraso a su lugar de destino. Tanto los campos amarillentos que pasaban al otro lado de la ventanilla, como la redecilla sujeta al respaldo del asiento que tenía delante, y en la que alguien

había dejado una lata vacía de coca-cola, y hasta el compañero de viaje sentado en el asiento contiguo servían de heraldos de un retraso inevitable. Ahora los trenes se comportaban como seres vivos, independientes, y no quedaba más que confiar en su buena voluntad, vagamente distinta de la humana. Además, cada vez había menos revisores, de manera que, si así se quería, era posible viajar largas distancias sin tener que mostrar el billete, como si a nadie le importara lo que hiciera cada cual.

Pero la escritora M. viajaba de un país a otro y, muy segura de sí misma, confiaba en que, si no era aquel tren, algún otro se encargaría de llevarla adonde iba. Por si eso fuera poco, iba provista de un billete con un asiento reservado con mimo de antemano y llevaba un bocadillo vegetariano comprado en la estación; más concretamente, en un quiosco que ofrecía el pan fresco y el café, fuerte. La escritora había oído decir alguna vez que, si uno quería crearse un hábito firme y duradero, tenía que repetir doce veces la acción deseada. Acudes, cada noche, después de salir de la oficina, por ejemplo, a un bar con vistas a un río y te bebes una copa de vino blanco, sin hacer nada en particular. Pues bien, a la decimotercera vez, el hábito brota de ti como asoma del agua la cara de una foca, y te conviertes en una persona nueva, diferente: a saber, en la persona que cada noche se sienta allí, sin saber por qué lo hace, confiando en que, junto con el sorbo de vino, convivan en la boca las palabras que sirvan a esa nueva vida.

M. pensaba a veces que, a fin de cuentas, se dice que el cuerpo humano tiene la costumbre de mudar todas sus células por células nuevas cada siete años, de manera que, cada septenio, te despiertas siendo una persona distinta, sin darte cuenta de ello y, sólo por descuido e ignorancia, continuas considerándote alguien familiar y predecible.

Por otra parte, mientras miraba con fastidio por la ventanilla y le daba la espalda a su vecino de asiento, entretenido en la lectura de un diario que había desplegado en toda su dimensión, M. se preguntó si se podía entender esa mudanza como un hábito, cuando, en la mayoría de los casos, no se puede completar doce veces la transformación de las piezas de las que está compuesto el cuerpo. M. había sacado la cuenta y, para alcanzar esa decimotercera vez, habría que llegar a los noventa y siete años, una meta rara vez conseguida por el organismo humano, que a esa edad ya suele haberse convertido, y no por propia voluntad, en algo distinto, sea un puñado de polvo guardado en una urna estándar o un ataúd, cuyo contenido es mejor no imaginar.

Pero, en todo caso, M. había estado ya doce veces en la estación central, y puede que también catorce. Por lo tanto, su deseo de ponerse en la fila, detrás de otros viajeros madrugadores que esperaban su café y sus envoltorios de papel con algo caliente y sabroso dentro, y que lo hiciera en aquel preciso quiosco y no en el contiguo podía ser considerado ya no un capricho sino un hábito, y ella, una mujer que sabe lo que quiere y que coloca con mano firme el vasito de cartón que contiene el café en un portavasos especial que evita que se le quemen los dedos, y que lo cierra con una tapa del tamaño adecuado. Para la escritora M., que no lleva tanto tiempo residiendo en la ciudad, la precisión de los movimientos y el dominio del itinerario posterior (bajar al paso subterráneo, llegar a la quinta vía, si va al norte, y a la primera, si se dirige al sur) adquirirían, ahora, una importancia crucial. Ésa era una manera de convencerse de que tenía un asiento reservado en el tren al que esperaba, de que dominaba el camino para llegar a él, y también de que éste la conduciría a una nueva vida en la que todavía no había tenido tiempo de encajar.

En todo caso, si se juzgaba a partir de la cantidad de veces que había tenido que viajar a otras ciudades y países para ejercer su oficio de escritora, y regresar después haciendo, cada vez, un leve movimiento para bajar su liviana maletita del estante, se podía concluir que sí tenía un lugar en este mundo y hasta muchos lugares distintos: en cada uno de ellos había personas deseosas de interrogarla acerca de los libros que alguna vez había escrito y después, con mayor interés aún, acerca del país del que provenía. Ese país estaba ahora en guerra con otro, un país vecino, a cuyos habitantes masacraba con armas de fuego, con fuego caído del cielo, con sus propias manos, y, por mucho empeño que pusiera, no acababa de conseguir alzarse con la victoria, ni de hacerse a la idea de que el país agredido no se iba a dejar devorar. A veces, con bastante frecuencia, su país encontraba tiempo para matar, también, a sus propios habitantes, a los que esta bestia, al parecer, tomaba por sus propios órganos: rebeldes, peligrosos y capaces de distraerla de la caza y el alimento. La ciudad extranjera en la que M. vivía ahora estaba llena de gente que había huido de los dos países en guerra, y aquellos que habían sido agredidos por los compatriotas de M. miraban a sus antiguos vecinos con horror y desconfianza, como si la vida que todos habían llevado antes de la guerra, fuera ésta como fuera, ya careciera de significado y sólo hubiera servido para enmascarar el parentesco de quienes eran como M. con la bestia que ahora quería zampárselos.

Desde luego, también muchos de los vecinos del lugar querían saber más de la bestia, y no sólo para protegerse de caer en sus repugnantes fauces, sino porque los vegetarianos siempre hemos tenido un enorme interés por los grandes depredadores, toda vez que nos resulta difícil comprender de dónde proviene y cómo funciona la violencia

que practican. Preguntaban a la escritora M. sobre los hábitos de la bestia con una intensa empatía, porque la creían mordisqueada e incluso parcialmente devorada, como si tan sólo por casualidad hubiera conseguido permanecer casi intacta sobre la hierba. Algunos se preguntaban cómo era que la bestia aún no había sido destruida o se había devorado a sí misma, víctima de su insaciable voracidad, e insinuaban que M. y las personas de las que ella se rodeaba, allá en su país, debían haber tomado medidas más drásticas antes de que la bestia creciera y comenzara a zamparse a todo el que se interpusiera en su camino.

M. estaba completamente de acuerdo con esa última idea, pero le costaba un gran esfuerzo explicarles a sus interlocutores que la propia naturaleza de la bestia hacía muy difícil darle caza e, incluso, enfrentarse a ella.

«Verán, es que la bestia no estaba delante o detrás de mí—solía decir a veces—, sino que me rodeaba siempre, y lo hacía de tal manera que necesité años para comprender que yo vivía dentro de una bestia y que, acaso, había nacido dentro de ella.

»Tal vez recuerden aquel cuento—continuaba en silencio—en el que un viejo y un niño de madera están sentados dentro de un monstruo marino y se alumbran con el cabo de una vela. Tal vez podrían haberle causado algún tipo de molestia. Por ejemplo, podían haberse puesto a saltar en el interior de su barriga e, incluso, podían haber encendido un fuego. El problema está en que la disparidad de tamaños impide que le puedas hacer algún daño de consideración a la bestia y, desde luego, impide que la puedas matar. Todo lo que puedes esperar es que, algún día, la propia bestia sienta náuseas y que, sin darte cuenta de cómo sucedió, te veas de repente fuera de ella y sólo entonces adviertas que la habitación en la que viviste durante años no era más

que su panza. Y que yo misma, por lo visto, era parte de la bestia, aunque haya sido tragada por casualidad o haya crecido en ella por error, y comprendo bien que eso resta valor a mi experiencia y provoca que mi relato no sea digno de confianza. En todo caso, si fuera necesario, puedo ofrecer un informe detallado del mobiliario que hay en el interior de la bestia, de la que salí hace poco para pisar tierra firme.

El lugar donde M. vivía ahora estaba lleno de bestias (y de aves, como unas garzas que volaban muy bajo sobre la superficie del lago, de manera que se podía contemplar la excelencia de la ligera construcción de la que estaban hechas), así como de personas que, al parecer, tenían una idea más bien vaga de lo que conviene esperar de las bestias. En una ocasión, cuando una zorra devoró a un cisne ante la mirada de los niños que jugaban en la hierba a la orilla del lago, en la mesa común se mencionó más tarde el descaro mostrado por la zorra y alguien manifestó que se trataba de un comportamiento inaceptable y llamó a hacer algo al respecto. M. desconocía qué hacer para apartar a la zorra de la fiereza que le es connatural, de manera que se abstuvo de participar en la conversación, temerosa de mostrarse demasiado afín a los modales de quienes devoran a otros seres vivos sin preocuparse demasiado de cómo vean la ingesta quienes asisten a ella.

Sin embargo, también había por allí interlocutores que entendían del asunto y, por lo tanto, se mantenían alerta. En una ocasión, mientras M. fumaba un cigarrillo culpable, oculta entre unos arbustos, de las ramas vecinas salió de repente una mujer menuda y canosa, que le exigió explicaciones por lo que hacía allí. La aparecida daba la impresión de ser una funcionaria del Estado, aunque mostraba cierto desaliño, y llevaba un uniforme perfectamente entallado, algo así como un mono brillante con galones en las hombreras. En efecto, la mujer le presentó enseguida una identificación plastificada, aunque algo vencida por la hu-

medad local. M. no tenía más que el paquete de cigarrillos para mostrarle, pero algo en la apariencia de la escritora sugería que se trataba de alguien en quien se podía confiar, de modo que la mujer uniformada vio en ella a una suerte de aliada. Resultó que la ocupación de la recién llegada consistía en proteger a los cisnes de la ciudad, que iban de lago en lago, educando a sus polluelos y maravillando a los transeúntes con su gigantesco tamaño y su blancura. De modo que la mujer no estaba allí por casualidad: hacía guardia. Según dijo, no estaba sola, sino que era parte de una poderosa fuerza, una suerte de patrulla de los cisnes que custodiaba los lagos día y noche: voluntarios y activistas vestidos con idéntico uniforme se mantenían emboscados en silencio, aguardando para intervenir en cuanto a alguien se le ocurriera atentar contra la paz de las grandes aves. En total, dijo, eran cuarenta los vigilantes, y sacó pecho para que M. pudiera observar el bolsillito transparente en el que llevaba unas plumas de cisne algo sucias.

No obstante, había algo en la apariencia de J.J., como pidió que la llamara, pronunciando las iniciales en inglés —Yei Yei—, que inducía a pensar que la idea de que tenía compañeros era falsa y que la tarea de proteger los lagos la ejercía en solitario, por más que aludiera a sus camaradas y al socorro que le prestarían en caso de necesidad. Con los zorros lidiaba con facilidad. Sabía que no gustaban del pienso que comían los perros y que, en cambio, no desdeñaban el de los gatos. Su comida preferida, en todo caso, eran los huevos cocidos. Los humanos eran cosa muy distinta, dijo J.J., y miró a la escritora M. como si ella estuviera enterada. La gente se robaba los huevos de los nidos, vaya usted a saber con qué intenciones: tal vez los utilizaran en algún tipo de ritual de magia negra. De la gente se podía esperar cualquier cosa, repitió J.J. en tono sombrío.

—Hace dos meses encontramos aquí a dos criaturas, *babies*—tradujo al inglés—, y ambos presentaban numerosas heridas de arma blanca en las barriguitas.

—¡Por Dios!—exclamó M.—, ¿y qué hicisteis? ¿Avisasteis a la policía?

—No—dijo la mujer—, porque ya estaban muertos y hubo que enterrarlos. Eran dos ejemplares magníficos, que apenas comenzaban a emplumecer.

M. todavía vio a J. J. un par de veces más, cuando hacía rondas en torno al lago, a veces en bicicleta, a veces a pie, con un chaleco reflectante sobre el uniforme. En una ocasión, corrió a contarle que había visto un martín pescador verde y azul, pero J. J. la recibió con ánimo inesperadamente seco, como si hubiera tenido tiempo de aprender algo nuevo sobre la naturaleza de las personas o, acaso, sobre la propia escritora.

Los trenes de largo recorrido siempre han sido un lugar donde los seres humanos suelen verse en una proximidad inusual con el prójimo, aunque no sea tan estrecha o pesada como la que se produce en los andenes de las estaciones de ferrocarril o en los vagones de metro. Allí, en medio de la multitud, sabes muy bien, primero, que todo acabará enseguida, y, en segundo lugar, compartes el espacio no con alguien en particular, sino con un gran número de tus semejantes, de modo que tendrías que hacer un esfuerzo para distinguir a una persona en concreto entre el gentío y fijarte en ella más de un segundo. Pero es posible evitarlo, si se desea, recurriendo a una mirada voluntariamente difusa, que se limita a registrar las distancias y los movimientos: medir los milímetros de aire que te separan del hombro que tienes delante, calcular cuánto se aproximan y aprietan al moverse, percibir a la masa de gente cuando comienza a avanzar hacia las puertas, en el momento en el que ya se

advierte la inminencia de la parada en la siguiente estación.

No sucede así en los trenes, donde sabes de antemano que, te guste o no, tendrás que pasar largas horas junto a alguien. Puedes, desde luego, confiar en que el vagón se quedará vacío y que lo mismo sucederá con el asiento contiguo al tuyo, en cuyo caso podrás utilizarlo para colocar la chaqueta y la bolsa de viaje, como si tuvieras verdadero derecho a hacerlo, y sentirte protegida, como si hubieras corrido una cortinilla y nadie más que el revisor estuviera legitimado para asomarse a tu escondite. Entonces puedes acomodarte a tu antojo, pensar que no le importas un comino a nadie—y, en realidad, así es—y comerte tu sándwich de aguacate y pepino, acompañar su ingesta con breves sorbos de agua sin apartarte de la lectura, echar una cabezada con las piernas estiradas en diagonal, o puedes, incluso, sentarte y observar, con una vaga simpatía, a las personas que tienes alrededor, como si llevaras puesta una capucha que te hiciera invisible, permitiéndote mirar a los demás a los ojos sin recato alguno.

En un libro francés que a M. solía gustarle mucho en el pasado, se hablaba, precisamente, de una capucha. En aquella época, M. tenía poco más de treinta años y la protagonista del libro, unos cincuenta, de modo que la lectura resultaba tan reconfortante como un vestido que te cosieran teniendo en cuenta que crecerías con él. La historia mostraba que, incluso a los cincuenta años, una podía transformar su vida hasta tornarla irreconocible, rehaciéndola completamente por medio de cambios para cuya ejecución nunca se hubiera considerado capaz. La protagonista del libro de marras se encontró, una noche, junto a la empalizada que rodeaba una casa a las afueras de la ciudad, desde donde vio a su marido besando a otra mujer a la luz de una farola; una mujer, por lo visto, más joven que ella y,

como suele decirse, más apta para despertar el deseo. Lo que sucede después es que la mujer espera a que su marido emprenda un viaje de negocios y, en los pocos días que dura éste, vende la casa de sus padres, que es la que habita el matrimonio, vende los muebles, los pianos Bechstein, reparte la ropa y los libros, guarda en cajas las camisas y los enseres de afeitado de su marido, los envía a la dirección de su oficina y desaparece de tal manera que no se la pueda encontrar ya más. A partir de entonces, no utiliza las tarjetas del banco, se deshace del teléfono que habría permitido monitorear sus movimientos y, dando largos rodeos, saltando de un autobús a otro, se marcha al quinto pino. En cada nueva ciudad a la que llega, la mujer se deshace de su ropa, se cambia el color del cabello y el sombrero, y continúa viaje, cada vez más lejos. La única cortapisa a sus desplazamientos es la imposibilidad de salir de Europa, porque en la frontera le exigirían mostrar el pasaporte. Visita los lagos del norte del continente; después, viaja a las islas del Mediterráneo. Poco a poco, la mujer se va habituando a una nueva sensación de seguridad, que no requiere poseer una casa, un apartamento; ni siquiera un techo sobre su cabeza. Ahora, para sentirse cobijada, le basta una grieta en un acantilado que la resguarde de la lluvia. O una capucha que pueda correr sobre sus ojos. O, incluso, sus propios párpados, que puede cerrar para no ver nada más.

Cuando la vida de la escritora M. cambió, y cambió sin que ella interviniera en esa mudanza, ni siquiera la autorizara, también contaba unos cincuenta años, y todavía esperaba que le fuera suficiente con cerrar los ojos para sentirse en casa. Pero, por lo visto, conseguirlo resultaba mucho más difícil que en el libro, ya fuera porque la capucha se negara a echarle una mano o porque el compañero de viaje en el tren se hubiera instalado en el asiento con-

tiguo con esa sensación de contenida incomodidad que se suele compartir en tales circunstancias. En esas ocasiones, o bien se inicia deprisa una efímera conversación amistosa o se da a entender desde el primer momento que hay una barrera invisible que impide ver o escuchar al compañero de viaje, y se clava la vista en la ventanilla, como si al otro lado hubiera algo tan absolutamente espectacular que resultara imposible apartar la mirada. En situaciones como éstas, es posible comerse el sándwich vegetariano, desde luego, aunque hacerlo no provoca placer alguno, debido a que el papel en el que viene envuelto cruje de manera estentórea, las migas caen en el regazo, y todo ello se convierte en un atentado contra el silencio y la distancia que se trata de mantener.

El compañero de viaje de la escritora parecía ser un empleado de oficina. A pesar del calor imperante, iba vestido con un traje de color gris más adecuado para una oficina con aire acondicionado y que, a todas luces, le quedaba demasiado justo para el largo viaje que tenía por delante. Sin apartar la vista de la ventanilla—a lo lejos, en colinas blanquecinas, se veían molinos de viento, caballos en los prados buscando algo entre sus patas delanteras, y, más lejos, campos de cultivo y granjas—, M. intentó adivinar a qué se dedicaba aquel hombre. Algo le hizo pensar que se trataba de un vendedor de seguros o de aparatos de aire acondicionado, que viajaba, como ella, de ciudad en ciudad, en desplazamientos constantes que ya habrían dejado de considerarse un mero viaje. El mejor momento de cada uno de esos días es el instante en que entras a la habitación de hotel, cuelgas la chaqueta en la percha de plástico y te tumbas de espaldas en la cama tendida, con los pantalones puestos, miras unos instantes al techo y cierras los ojos, por fin. Con todo, después habrá que levantarse de nuevo, col-

gar los pantalones en el respaldo de la silla para que no estén arrugados a la mañana siguiente y bajar, tal vez, al bar del hotel en busca de una cerveza, telefonar a casa y apagar pronto la luz.

La vida de M., tal como era ahora, se parecía bastante a la de su compañero de viaje en aquel tren, quizá con la única diferencia de que lo primero que ella hacía cuando entraba en las habitaciones de los hoteles era deshacer su pequeña maleta, de la que sacaba cada pieza de ropa, la sacudía y la colgaba en la percha, y colocaba los libros en un montoncito sobre el escritorio, como si se dispusiera a instalarse allí una temporada y fuera a utilizar el escritorio para la función que le había dado el carpintero. Así lo había decidido un año atrás y mantenía esa rutina, aun en los casos en los que apenas le tocaba pasar unas pocas horas nocturnas en la habitación. Ya no recordaba el sentido de aquella minuciosa imitación de un orden, que en nada se parecía al que tenía en su cabeza. Debido a toda una serie de razones, su vida ahora tenía un permanente sabor a sal y convenía añadirle, de tanto en tanto, una dosis de dulce, unas pasas, digamos, que la hicieran más apetitosa. Las acciones idénticas y repetidas eran esas pasas, al igual que la costumbre de prometerse a sí misma alguna cosa ajena a la función del viaje, algo que éste pudiera aportar como novedad. Así, por ejemplo, una excursión a un jardín botánico con rosales y parterres llenos de acónitos o, tal vez, una salida hasta tarde y el consiguiente sueño hasta el mediodía, envuelta en las sábanas del hotel.

Si a la escritora M. le hubieran permitido conversar con una versión anterior de sí misma, la M. de quince años atrás, por ejemplo, le habría costado justificarse. Desde la perspectiva de la joven M., los constantes desplazamientos entre ciudades, así como la experiencia de vivir en un país

extranjero, no sólo habrían constituido una oportunidad emocionante de observar, ver y aprender, sino una especie de disciplina que ella se habría impuesto para educarse con tanto celo como pudiera. M. tenía una opinión modesta de sí misma, pero, a la materia informe que creía ser, le concedía la oportunidad de crecer hasta convertirse en algo mejor, y, si algo la irritaba de su propia constitución, no era, por cierto, la falta de educación y la consiguiente torpeza que apreciaba en sus palabras y gestos, sino la lentitud. Porque era lento, insoportablemente lento, el paso con el que se iba haciendo adulta. A sus treinta y hasta los cuarenta años, experimentaba esos «saltos en el desarrollo» como si fuera una niña de tres años, pero aún no había conseguido alzarse hasta un punto en el que pudiera sostener que trabajaba con toda la potencia de la que la naturaleza la había dotado. Cuando hablaba de «trabajo» en ese sentido, M. difícilmente se refería a sus afanes con la pluma, que eran, más bien, como esas marcas en las jambas de las puertas que se hacen para recordar que el niño cumplió cuatro años y ya mide tantos centímetros de altura. Lo que resultaba importante para ella era la aptitud de pensar, comprender y sacar conclusiones, una capacidad que quería creer que aumentaba con la edad, de modo que cabía suponer que pronto alcanzaría un nivel significativo, sobre todo si continuaba viajando por el mundo con los ojos y los oídos bien abiertos.

Sin embargo, en el último año, o año y medio, M. parecía haber dejado de crecer por completo, como un feto cuyo desarrollo se interrumpe de repente en el vientre de una madre que no sospecha nada, y había perdido, conjuntamente, toda confianza en el peso de su propio juicio: éste se había vuelto muy corto, como la goma sobre la que salta de un lado a otro un inquieto monito de felpa, y se redu-

cía a la mera constatación de verdades muy sencillas, como que el agua estaba fría o el té, caliente. Y aun estas últimas proposiciones habrían sido fáciles de refutar. Lo más importante era impedir que esos breves pensamientos se cruzaran unos con otros, porque ahí se producía un chispoteo y se generaba esa suerte de eclipse de la razón que ocurría en el colegio cuando mandaban dividir por cero.

Tómese, sin ir más lejos, el asunto de la bestia y de la guerra que ésta desató. Hubo un tiempo en el que M. todavía era dueña de su vida o, más bien, creía que lo era. En esa época, comprender la naturaleza de la bestia era, para ella, un asunto de primordial importancia. Para alcanzar tal comprensión, M. poseía determinados conocimientos y había hecho toda una serie de observaciones, que utilizaba para intentar analizar las costumbres de la bestia y sus posibles intenciones. Además, podía decirse que la bestia crecía en paralelo a M., de manera que la tenía muy a mano y bastaba con tomar notas a buen ritmo. No se trataba de que M. se tomara ese asunto como su ocupación principal: ¡en modo alguno! Otras, y muy distintas, eran las cosas que la absorbían entonces, como, sobre todo, las historias ajenas que estaba juntando, como quien colecciona sellos, intentando repartirlas sobre el papel de la única forma correcta. La mayor parte de esas historias, hay que decirlo, ya guardaba una relación directa con la bestia, sólo que, entonces, parecía que todo aquello era cosa del pasado y que, en nuestros ilustrados tiempos, nadie le come la cabeza a nadie, así, por gusto, o que, al menos, eso sólo ocurre en casos muy contados. M. recordaba una historia que escuchó un día, en una reunión de amigos. Una joven soñó que su familia la había ofrecido a la bestia para que la devorara. Todos estaban muy afligidos y su madre le aconsejaba que le hablara a la bestia hasta que ésta se quedara dormida. Suponían

que aquello debería funcionar, al menos, durante la primera noche. «Lo más terrible de todo—continuó su relato la dueña del sueño—fue que cuando vinieron a buscarme y me condujeron a la salida, comprendí que en ese sacrificio radicaba el sentido de mi vida, el plan secreto que la había guiado, si la observaba sin florituras ni adjetivos, sin el perfil en Tinder ni el título de licenciada en Filosofía. Resultó que yo había venido al mundo para ser devorada, de la misma manera que un pollo de granja, que nace en una jaula, vive entre sus propios excrementos y abandona el mundo, ya refrigerado, desplumado y retractilado. Será por eso—concluyó—por lo que no ofrecí resistencia alguna: ¿qué sentido tendría resistirse a un destino tan excelso?».

Sentada en el tren que se aproxima ya a la estación de G., donde la esperan un trasbordo y otro tren que la llevará todavía más lejos, la M. actual recordó aquella historia con manifiesto disgusto. Solía alimentar una esperanza infantil, cuyo origen desconocía, una esperanza que le daba seguridad y certeza, como te la dan los pasamanos hasta que caes, rodando, escaleras abajo. Esta esperanza se reducía a la idea de que el universo se preocupaba por su crecimiento y su educación. Y, por muy despacio que fuera, por mucho que el camino estuviera jalonado de retrasos como los de los trenes y hasta de transbordos, M. avanzaba lentamente para cumplir un propósito, por mucho que a éste se antepusiera un proceso de formación que parecía carecer de sentido alguno.

Hoy, de repente, pensó que ese largo proceso en el que crecía y era alimentada se parecía bastante a la existencia en una granja de pollos o de ganado, donde te nutren con mimo hasta que has alcanzado el peso necesario. M. se había habituado a verse a sí misma como una suerte de *work in progress*, como una colegiala pasada de moda, que ya

vive a la espera lo mismo del baile de fin de curso que de un matrimonio ventajoso; pero la idea de que, en realidad, todo iba a acabar en el despiece y el envasado de la carne le parecía ahora cada vez más evidente. ¿Qué más da quién te prepare para el final, si la bestia a la que has estado observando desde el burladero u otra todavía más grande? A fin de cuentas, tenía delante el resultado final y podía verlo con claridad, y todo lo que deseaba era hacerse la muerta y quedarse allí, muy quieta y durante mucho tiempo.